

racion y el entusiasmo pagan en todas partes al genio, al talento y al saber! Tantos títulos de excelencia que hacen interesante el estudio del castellano aun para los mismos extranjeros, son sin duda alguna mas fuertes, mas atractivos y mas imperiosos para cuantos usan del castellano como de su propio idioma: porque es y debe ser para todos un estudio de la primera importancia, aquel que los conduce á la posesion de su lengua nativa, como que ella es el vínculo ordinario de sus comunicaciones, el órgano de sus pensamientos y el instrumento exclusivo que emplean en el curso de sus trabajos intelectuales. Sin embargo, apénas hai objeto mas desatendido entre nosotros: el cultivo de la lengua patria, en la extension que debe tener, no cuenta con una sola escuela en la República; el de la Gramática castellana, considerado como un curso que inicia la educacion secundaria, tiene rarísimos establecimientos; y entre los conatos de reforma que no ha dejado de haber en el discurso de algunos años, lo mas que se ha conseguido es introducir en las escuelas primarias algunos pequeños rudimentos del idioma.

Estas consideraciones nos han determinado á formar una disertacion sobre el estudio de la lengua castellana, persuadidos de que no será inútil un trabajo dirigido á inculcar la suma importancia de este estudio, y á exponer los medios de perfeccionarle. Tal será pues el orden de ideas que en ella sigamos: pues desde que hai una conviccion plena sobre la importancia de un objeto, se desea mas vivamente alcanzar, y se recibe mejor cuanto pueda proponerse entre los medios mas á propósito para conseguirle.



PARTE PRIMERA.

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LA LENGUA CASTELLANA.



AJO tres puntos de vista vamos á considerar el idioma, para manifestar el interes comun que debe inspirar su cultivo; y son, el trato social, las ciencias y la literatura. Su influencia en la cultura del trato es una circunstancia con que excita la atencion aun de aquellos hombres que no se consagran á la carrera literaria: la parte que tiene el castellano en la perfeccion de aquellas ciencias en que se versa mas íntimamente el bien de la sociedad, debe ser, para cuantos rigen la educacion pública, un estímulo poderoso para generalizar y rectificar esta clase de conocimientos: por último, aquella misma dependencia en que se hallan de la lengua todas las cualidades de una buena composicion literaria, es consideracion de mucho peso para mover fuertemente el ánimo de aquellos que no sean insensibles á la gloria de escritores correctos y elegantes, al concepto de buenos literatos, y aun al mérito de lectores distinguidos por el discernimiento y el gusto. Entremos pues en materia. Tal vez parecerá una recomendacion frívola el encarecimiento que se hace del estudio del propio idioma considerado en sus relaciones íntimas con la cultura del trato y comercio ordinario de la vida civil, género de reproche que se ha hecho siempre y que no deja de hacerse hoy, mui particularmente por aquellos á cuyo juicio basta para todo, en materia de idioma, el hábito de hablarle y de escribirle que se ha contraído, sin necesidad de reglas, desde los primeros años de la vida. Pero cuán funesta y cuán errónea sea esta preocupacion, podrá percibirlo cualquiera con el mas ligero exámen, principalmente si quiere atender á la experiencia diaria de lo que en todas partes sucede. Innumerables son, y de mas ó ménos trascendencia, los vicios de idioma que se advierten aun entre las personas mas entendidas y mejor edu-

cadadas de las que no se han consagrado al estudio de sus reglas, y mui vergonzoso ver aparecer con alguna frecuencia locuciones monstruosas, frases desatinadas y dislates de varios géneros entre muchos de aquellos que han hecho el curso de las aulas. Las relaciones del trato no son de un mero pasatiempo; que aun así, seria mejor pasarle con cultura y provecho del espíritu, que en conversaciones insulsas y frases incorrectas y positivamente viciadas, sino de una importancia mayor ó menor, pero siempre mui positiva; pues ya se sabe que los grandes resultados de las investigaciones filosóficas y de todas las ciencias prácticas van á fundirse, digámoslo así, en el idioma vulgar, para formar el espíritu público, ilustrar las masas y dar ideas exactas y provechosas á la mayoría de una nacion. ¿Qué resulta de aquí? que rozándose con el trato comun una indifinida de intereses y de cuestiones y una prodigiosa variedad de asuntos, de conocimientos y de ideas, es de la primera importancia extender lo posible el conocimiento práctico de la lengua, no ménos en la gente literata que entre los otros, y acaso en estos con mayoría de razon. Reflexiónese que los primeros tienen en la misma profesion de las ciencias conductos diferentes para adquirir y multiplicar sus conocimientos; poseen otros idiomas de una manera científica, en los cuales pueden tomar el tecnicismo y las combinaciones de palabras correspondientes á la generacion de las ideas y á la exactitud de los juicios; mas para el pueblo, el idioma es el todo y lo único; recurso tan exclusivo, que sin él se veria precisado á volver á la barbarie.

Las nociones habituales que debemos al uso, son tan fáciles, como limitadas: comprendemos por hábito la significacion de algunas voces tan reducidas en número como lo son aquellas primeras necesidades en que no podemos ménos de entender la significacion, muchas veces caprichosa, de ciertas palabras que se emplean en consecuencia de ellas. Pero por estas nociones imperfectas en materia de idioma, ¿qué multitud de errores y de absurdos en el uso de las palabras! ¿qué ignorancia tan profunda sobre su significacion verdadera! ¿qué monstruosidad en su frecuente aplicacion! Las mismas nociones que se comunican á los niños en las escuelas de primeras letras suministran una experiencia que basta para persuadir á todo el mundo la necesidad de estudiar por principios el idioma nativo. ¿No es lo comun el conservar en la memoria frases y palabras en vez de pensamientos y de ideas! ¿No es cierto que en una época mas tardía de la vida se van muchos sorprendiendo

sucesivamente con la verdadera inteligencia de varias voces que habian usado largo tiempo sin entender, y con el carácter de muchos giros que habian desfigurado por el contagio de las viciosas locuciones del vulgo! ¿Es por ventura caso mui raro el ver en la sociedad hombres de buena familia, y aun de una educacion esmerada, reproduciendo en su conversacion familiar aun las viciosas palabras de la gente rústica! Busquemos pues ahora el verdadero origen de tales defectos, procuremos estimar como es debido sus consecuencias, y esto bastará para comprender que aun el simple trato comun en gente literata se interesa, mas de lo que parece á primera vista, en los conocimientos del arte. Verdad es que aun aquellos que no le han estudiado se ven con mas ó ménos frecuencia en la ocasion de corregir algunos vicios de su elocucion; ¿pero qué son estos recursos inciertos, precarios y limitados, para disminuir la necesidad de hacer un formal estudio de la lengua? Un número mas ó ménos reducido hará que se adviertan, no todos, sino algunos de los defectos; el poder de los hábitos inutilizará estas reflexiones, y nunca estará el individuo á cubierto de excitar la risa ó la compasion entre ciertas personas con quienes hable. Se ha creído, y no sin fundamento, que cada uno debe procurar presentarse aun en su ornato exterior con aquella decencia que respectivamente exige su rango y facilitan sus recursos; ¿y solo se tacharia de superfluo el procurar por medio del estudio la propiedad, pureza y correccion del lenguaje, para no desmentir con el habla las buenas ideas que excita en favor de cada uno la educacion mas ó ménos esmerada que haya recibido! Lastimoso por cierto, mas bien que ridículo, es el cuadro que presentan algunos hombres cuyo esmero en el vestido contrasta visiblemente con la incorreccion estúpida y el notable descuido que se manifiestan en su conversacion ordinaria, y mui culpable indulgencia la de ciertas personas para quienes esta nimiedad en el adorno del cuerpo compensa con ventaja el deplorable y necio abandono de las cualidades del espíritu, que tanto realza el exacto conocimiento del idioma nativo.

Pero, como ya se ha dicho, este conocimiento importa un algo mas que el simple deleite de una conversacion culta y bien sostenida. El que un hombre se consagre al comercio, á la agricultura ó á las artes, no le exonera de la necesidad de procurarse ciertas nociones, que deben ser comunes entre cuantos aspiran á servirse, en sus respectivas profesiones, de los grandes recursos de la inteligencia. El pensamiento es un privilegio de la especie humana, y no de solos los sa-

bios, y en la carrera ordinaria de la vida hai para todos una necesidad de rectificar la inteligencia y procurar á la razon aquella perfeccion relativa á donde parecen llamarla el destino y la posicion diversa que cada hombre ocupa en la sociedad. En el idioma comun están escritas las leyes que á todos obligan; en el idioma comun están consignadas todas las órdenes gubernativas y económicas que tocan directamente á las masas; en el idioma comun se distribuyen á todo el pueblo desde los primeros rudimentos de la infancia hasta las mas elevadas nociones sobre la religion, la moral y la política, que tanto importa difundir por todas las clases de la sociedad; en el idioma comun acuerdan recíprocamente los hombres sus pactos, sus compromisos y sus obligaciones convencionales; en el idioma comun se comunican á todos por la clase mas pensadora las reflexiones que ilustran y previenen el sufragio de cada ciudadano en favor de sus representantes; en el idioma comun arreglan y tratan sus mas interesantes y delicados negocios todos los individuos de la sociedad. A la vista de esto no es difícil calcular y reconocer con certidumbre la suma importancia de un estudio que determina con exactitud y fijeza las ideas, que allana todos los obstáculos que se oponen al sentido comun, que corta de raiz, ó por lo ménos disminuye notablemente, las funestas trascendencias de una educacion descuidada, que con serlo respecto del lenguaje, arrastra por necesidad á las gentes que no cultivan las ciencias, á las tinieblas de la razon, al embrollo de las ideas mas capitales y á mil crasos errores en materia de principios. Apénas hai un Estado donde no se encarezca la necesidad del espíritu público; apénas hai sabio que no haga depender este principalmente de la educacion popular; y como á nadie le ha ocurrido vincularla en el comun aprendizaje de las ciencias, porque semejante teoría debería relegarse para siempre al pais de las abstracciones, preciso es convenir en que no queda otro medio, que difundir el cultivo del idioma nacional, con el fin de que sean pronta y exactamente comprendidas esas doctrinas comunes que la educacion primaria y las lecturas populares tienden constantemente á propagar entre la clase mas numerosa, compuesta de aquellos que no pueden ó no quieren consagrarse al cultivo de las letras. Hemos hablado del estudio de la lengua con relacion al pueblo, en razon del influjo que ejerce en el trato social: veamos ahora, la que nos descubre bajo el aspecto científico, examinando hasta qué punto penden los conocimientos del cultivo de las lenguas.

II.

“Se forman las cabezas por las lenguas,” dijo con mucha verdad un escritor del pasado siglo: observacion profunda, que reasume en tres palabras el resultado final y mas positivo que debemos á los esfuerzos de insignes metafísicos y eminentes ideologistas. Si el vulgo no alcanza toda la profundidad de este pensamiento, porque nunca se detiene á examinar el origen y los progresos de las nociones con que cuenta, el sabio no puede volver atras la vista en pos de las huellas que demarcan el camino recorrido por su entendimiento, sin pagar un tributo mui espontáneo de admiracion y gratitud al Ser augusto que se ha dignado favorecernos con el noble privilegio de la palabra. Antes con mucho que el talento analítico de los filósofos hubiera creado la Gramática general, ya podian reconocerse en el grado de riqueza y perfeccion de cada lengua, la extension y rectitud de los conocimientos atesorados en cada pueblo. Porque en efecto, ¿qué es un idioma sino el inventario de todos los tesoros científicos y literarios que ha logrado reunir la nacion á que este idioma pertenece? Toda la serie de palabras corresponde sin duda exactamente al número de las ideas que se tienen adquiridas; sus combinaciones diferentes pintan y tratan la prodigiosa multitud de juicios y racionios que se han formado; y de este modo las lenguas son en todo sentido un fiel é íntegro depósito de los conocimientos humanos. Las mismas diferencias características que va presentando cada idioma, bastarian para reconocer con claridad y distinguir con exactitud las cualidades espirituales de cada nacion y la particular fisonomía de cada literatura. ¿No creemos hallar una cierta conformidad entre los caracteres y los idiomas cuando examinamos la literatura del Norte y la del Mediodia? La misma diferencia encontraban los antiguos al recorrer la historia literaria. Ni puede ser de otra manera: las lenguas corresponden con absoluta fidelidad al pensamiento, y este á las tendencias mas comunes del espíritu. Todas estas observaciones, bastante sencillas y naturales, bien claramente nos manifiestan que la condicion del idioma determina por necesidad la suerte del saber, puesto que corren á igual paso y por el mismo camino las ciencias y las lenguas.

Estas deben ser consideradas, no solo como los conductos de comunicacion que tiene el pensamiento, sino tambien co-

mo un instrumento principalísimo de que el alma se sirve para fijar sus ideas, determinar sus juicios, ordenar sus raciocinios, ligar sus principios y sus consecuencias, ó valiéndonos de una expresion metafórica, para zanjar los cimientos y poner la última piedra del edificio grandioso del saber. Bajo cualquiera de estos aspectos que consideremos nuestro propio idioma, nos verémos precisados á confesar que su cultivo es de la primera importancia en el sistema progresivo de perfeccion á que se hallan sujetos todos los conocimientos humanos.

Es opinion mui recibida entre sabios eminentes, el que debe preferirse á todas la lengua vulgar para escribir sobre las ciencias. Jovellános lo convencia con razones concluyentes, y ningun argumento mas á propósito que el que nos dieron los antiguos, como Platon, Marco Tulio y Quintiliano, y el que nos dan hoy casi todos los modernos. Pero aun cuando esto no fuera, el carácter progresivo de los descubrimientos haría en cierto modo incompatible, á lo ménos respecto de algunas ciencias, la perfeccion de estas con la inalterable quietud en que yacen de muchos siglos á esta parte las lenguas muertas. Hai mas; aun cuando se expone una ciencia en otro idioma diverso del nativo, las ideas no llegan de ordinario hasta nosotros sino conducidas ya por este, pues con él se halla familiarizada nuestra razon desde sus primeros destellos. Ya se considere pues nuestra lengua como la que sirve originalmente al autor de los conocimientos que se nos trasmiten, ya como un segundo conducto por donde llegan á nuestra alma, siempre será cierto que la extension, rectitud y solidez de nuestros conocimientos estarán en razon directa de la perfeccion relativa con que poseamos nuestro propio idioma. ¿Cómo seguir la natural filiacion de las ideas, si desconocemos la gradacion propia que presenta una serie de palabras homogéneas en su significacion respectiva! ¿Cómo estar fijos en las relaciones accidentales ó esenciales de las ideas, si desconocemos los accidentes y propiedades de las voces! ¿Cómo seguir aquel íntimo enlace que muestran unidas y como identificadas las sustancias diversas con sus cualidades respectivas, si para nosotros son enteramente nulas las leyes á que está sujeto el enlace de lo que llaman los gramáticos *partes de la oracion*? ¿Serémos siempre tan felices y tan favorecidos de la casualidad, que sin reglas del arte hagamos corresponder el órden de las voces á la dependencia sucesiva que nos presenta la generacion de las ideas! Cuando hubiese un talento bastante privilegiado que por la natural rectitud de su proceder se sobrepusiese al arte de

hablar, semejante talento debería ser contado por nada para disminuir la fuerza de estas reflexiones; pues ya se sabe que fenómenos de esta clase no derogan en manera alguna las leyes generales á que está sujeto el arte de raciocinar y el comun sistema de los procedimientos científicos.

Error demasiado comun es considerar las lenguas como un órgano exclusivo de comunicacion, pues bien atendidos sus efectos, mui pronto nos persuadimos de que el arte de hablar con pureza y correccion es tambien el de pensar con propiedad y exactitud. ¿Qué progresos haría nuestra razon, si nuestro entendimiento estuviese mudo para consigo mismo, si las palabras no fijasen interiormente sus ideas, si el uso interno de ellas no pusiese á nuestro arbitrio los conocimientos adquiridos, y si no pudiésemos hablar interiormente con nosotros, ántes de sacar á lo exterior nuestros raciocinios y nuestros sentimientos! Sin llevar las cosas hasta el extremo, como algunos ideologistas, bien podrémos sostener victoriosamente que sin el recurso del idioma permaneceria la razon en una infancia perpetua. Hai una palabra interior, hai un idioma espiritual, idioma cuya multitud de signos y combinaciones diversas nos conducen, como por la mano, desde las mas comunes y fáciles observaciones hasta los conceptos mas elevados y los mas importantes descubrimientos. Suceso bastante comun es el hablar sin entender; pero sería fenómeno mui raro, si es que llegara á presentarse, el fecundar un pensamiento, sin hablar interiormente consigo mismo. Sería mui curioso el seguir paso á paso la historia de la civilizacion y de las ciencias, con el fin de averiguar si ha podido la razon en algun tiempo hacer algunos progresos considerables sin el uso de la palabra interior; pero si en defecto de este exámen exquisito hubiésemos de contentarnos con los hechos mas comunes y los resultados mas notorios, bien pudiéramos estimar ese paralelismo que han guardado en todos los pueblos los conocimientos y las lenguas, como un argumento *á posteriori*, de que poco adelantaria la razon sin el uso de la palabra interna.

Estos hechos palpables, estas experiencias que no fallan jamas, han estimulado fuertemente las investigaciones de varios metafísicos hasta el extremo de poder afirmar con toda exactitud, que el propio idioma es el primer maestro de la razon. Las doctrinas de los ideologistas han corrido la suerte de todos los sistemas: tan exaltadas en una época, como abatidas en otra, parecen destinadas á dar un testimonio contra sí mismas, y á facilitar mas y mas los triunfos de la razon comun contra el espíritu de sistema. Sin embargo,

á pesar de estas vicisitudes diversas, ha quedado firme una observacion perfeccionada por Condillac, y es, que las lenguas son otros tantos métodos analíticos, y las ciencias unas lenguas bien formadas.

Supuesta la impotencia en que nos hallamos de asir, á una ojeada de la inteligencia, el conjunto de relaciones que abraza cada pensamiento, nos es indispensable sin duda buscar en el sistema de una atencion sucesiva el medio único que se nos proporciona para llegar al conocimiento de las cosas que se hallan colocadas bajo la accion laboriosa de nuestro espíritu. Mas este orden sucesivo de procedimientos en el exámen de nuestras propias ideas sería inasequible casi del todo sin el socorro de estos signos de institucion que constituyen los idiomas. Los meramente accidentales, reducidos por una parte, y dependientes por otra de la reaparicion de una casualidad que los haya producido, deben contarse por nada respecto de nuestros conocimientos, así porque son muy insignificantes en su número, como porque no está en nuestro arbitrio el hacerlos aparecer, pues como su mismo nombre lo indica, son meramente casuales. Los signos que se conocen con el nombre de naturales, poco ó nada nos servirían tambien: en primer lugar, porque mas bien expresan los sentimientos instintivos del hombre, que las ideas y juicios ordenados de la razon; en segundo lugar, porque dependen de las fuertes y actuales afecciones, las cuales corresponden á muy pocos estados del alma, que no se reproducen con frecuencia, y que no abarcan ningun sistema de ideas. ¿Qué adelantarian los conocimientos, si las ideas no contasen con otro recurso, para su estabilidad y distincion, que las lágrimas, la risa y los gritos monótonos y tumultuosos en que nos hace prorumpir una vehemente conmocion! Si tales fueran los medios de comunicacion interna con que exclusivamente contase nuestro entendimiento, poco ó nada se distinguiria la humana naturaleza, de la condicion de los brutos. Los filósofos que, con desprecio de la historia y tradiciones sagradas, se han echado á conjeturar sobre el origen y progresos del lenguaje, no han acertado á comprender cuán necesaria era la preexistencia del idioma articulado para el ejercicio y desarrollo de las potencias intelectuales. Cuando no tuviésemos otro medio de inquirir aquel origen, que los obstáculos insuperables que pulsa la inteligencia para dar algunos pasos notables en la carrera de la investigacion sin el auxilio de un idioma convencional, esto solo bastaria para convenirse de que las lenguas le fueron comunicadas al hombre como un recurso indispensable para la perfeccion de su en-

tendimiento,¹ lo mismo que las yerbas y los animales, y el aire, y el fuego, y cuanto concurre, en fin, para darle el alimento, la respiracion y la vida.

El pensamiento del hombre es naturalmente sucesivo; el pensamiento de Dios es esencialmente simultáneo. Lo pasado, lo presente y lo futuro son meros nombres para este Ser infinito, y cosas para aquel: puesto que para Dios nada hai pasado ni futuro, y para el hombre casi todo se halla colocado entre estos dos abismos, pues lo presente se le escapa de la inteligencia en el instante mismo que asoma. Si la razon humana se atreviese á desdeñar esa provechosa lentitud con que pasa sucesivamente por todas sus ideas; si pretendiese abarcar un todo, por pequeño que fuera, quedaria estática en el momento, y profundamente hundida en un abismo de oscuridad. Es pues una lei del entendimiento humano el ver las cosas de un modo sucesivo, ó no adquirir nocion completa de ningun género.

Siendo esto así, nada es tan conforme á su propia naturaleza, ni tan indispensable para su desarrollo y perfeccion, como aquello que la guía, la sostenga y la asegure en este sistema sucesivo de procedimientos. Tal es el oficio de los idiomas. Bien concebimos que pueden llegar las ideas á nuestra alma ántes que se presente signo alguno, porque basta para esto, sin duda, que haya objetos sensibles, órganos dispuestos y presencia intelectual. ¿Pero qué alcanzaríamos con esto solo! Limitados á las afecciones pasajeras, nuestras ideas serian tan precarias, como son fugaces las impresiones que las determinan. Semejantes á los niños cuando se divierten con el vuelo irregular y fugitivo de una mariposa, que desean y no pueden asirla, que la olvidan tan pronto como desaparece, para no pensar en ella sino cada vez que vuelve á presentarse, nosotros, desprovistos de todo recurso para encaenar el vuelo de nuestras propias ideas, tendríamos, es verdad, con ellas el divertimento de la infancia; pero seríamos incapaces de fecundar y perpetuar estos primeros elementos del saber humano. No sucede lo mismo con las lenguas: siempre unidas con los objetos espirituales, los encadenan, los radican en el alma, no permiten que se evaporen; y en consecuencia protegen y facilitan la inspeccion reposada y provechosa de la inteligencia. La atencion

¹ Véase el libro primero, capítulos primero y segundo de la seccion tercera de la primera parte, en nuestra obra titulada: *Del pensamiento y su enunciacion considerados en sí mismos, en sus relaciones y en sus leyes*, donde hemos tratado la cuestion sobre el origen de las lenguas.

contempla cada idea en su respectivo signo, pasa sucesivamente de la una á la otra, las compara, las aparta, las une, columbra sus relaciones, vuelve á dejarlas consignadas en sus respectivas palabras, y para no extendernos mas en esta materia, mira en la Etimología y en la Sintaxis del idioma un espejo comun, en que vienen á reflejarse clara y distintamente la generacion y deducción de las ideas, estos dos últimos términos en que llega á resolverse por último el gran sistema de los conocimientos humanos.

¿Y cuál es entre todos los idiomas articulados el que mas particularmente protege el ejercicio del pensamiento? Extraño seria vacilar en este punto, cuando todo concurre á persuadirnos que este idioma no puede ser otro que el que hayamos hablado en el discurso de nuestra vida. El uso continuo que de él hemos hecho constantemente, la prodigiosa facilidad con que nos servimos de su riqueza, la educacion que con él han recibido, por decirlo así, nuestras facultades internas, los hábitos contraídos por nuestra memoria de conservar en las palabras nativas las ideas que hemos recibido, la casi irresistible propension con que trasladamos á nuestra lengua patria todos aquellos conocimientos que nos comunican las lenguas extrañas; todo esto nos hace ver el idioma nativo como una cosa innata, usar de él como por una especie de instinto y considerar el hábito de hablarle como una segunda naturaleza. ¿Qué será pues preferible; perfeccionar con el estudio este antiguo, fácil y habitual instrumento de nuestra razon, ó relegarle á la conversacion vulgar, buscando en un idioma extraño, á costa de penas, de fatigas, y siempre con la desconfianza de no poseerle como el propio, los medios que este nos facilita para la composicion y descomposicion de nuestras ideas? La respuesta es mui obvia; y esta consideracion ha hecho pensar al Sr. Jovellanos, que seria preferible bajo todos aspectos servirse de la lengua nativa para el cultivo de las ciencias. Pero oigamos sus mismas palabras, que se recomiendan igualmente por la grande autoridad que en la materia disfruta su autor, y por las razones de que se vale para apoyar su concepto.

“Siendo la lengua nativa el instrumento natural, así para la enunciacion de las ideas propias, como para la percepcion de las ajenas, en ninguna otra lengua podrán los maestros exponer mas clara y distintamente su doctrina, y en ninguna la podrán percibir y entender mejor los discípulos.”

“Todos los pueblos sabios de la antigüedad, y muchos de los modernos de Europa, han empleado y emplean su pro-

“pia lengua para la enseñanza de todos los ramos de la literatura y de las ciencias, sin distincion alguna, y con el mayor provecho.”

“Aun entre nosotros ha acreditado la experiencia que la enseñanza de las ciencias abstractas y naturales se comunica por medio de la lengua castellana sin inconveniente alguno, y que por lo mismo no hai razon para creer que no sea instrumento igualmente á propósito para la enseñanza de las ciencias intelectuales.”

“Aunque el conocimiento de las lenguas muertas, y señaladamente de la latina, griega y hebrea, se reputa necesario, como en realidad lo es, para adquirir un conocimiento profundo de algunas de las dichas ciencias, por cuanto las fuentes y depósitos originales de su doctrina se hallan escritos en ellas, no se infiere de aquí que la enseñanza de sus principios se deba comunicar por medio de lenguas extrañas, ni que la propia no sea mas á propósito para comunicarla.”

“Enseñadas y tratadas todas las ciencias en nuestra lengua, y mejorada en ella la confusa y embrollada nomenclatura con que la ha oscurecido el espíritu escolástico de nuestras escuelas generales, no solo dejarán de ser exclusivas y reservadas á un corto número de personas, sino que irán desapareciendo poco á poco un gran número de cuestiones frívolas, que no tienen otro origen sino la diferente acepcion de las palabras, y se abrirá una puerta mas franca para entrar á la participacion de los conocimientos científicos.”

“La lengua propia no debe considerarse solamente como un instrumento necesario para enunciar y percibir las ideas, sino tambien para distinguirlas y determinarlas; puesto que nadie puede discernir, dividir y comparar las que envuelve un pensamiento, sino por medio de los signos que la determinan, concebidos, ordenados, y por decirlo así, hablados interiormente en el espíritu: de que debe inferirse que la doctrina científica, no solo será recibida por medio de la lengua propia con mayor facilidad y provecho, sino que fructificará mas abundantemente en el ánimo de los que la reciban.”

“Por último, pudiendo pasar á nuestra lengua por medio de buenas versiones, no solo los conocimientos científicos, que atesoran las lenguas sábias antiguas y modernas, sino tambien aquellos ejemplos de sublimidad y belleza en el arte de hablar, con que las han realzado los autores célebres que las cultivaron; el estudio metódico de nuestra

“ lengua y su aplicacion á todos los ramos de enseñanza, allanará los caminos de la instruccion general, y difundirá por todas las clases del Estado la elegancia y el buen gusto.”¹

III.

Pero donde se hace mas palpable la necesidad del estudio del idioma nativo, es evidentemente en todos los ramos de la Bella Literatura. El genio mas feliz, el mas precoz de los talentos quedaria privado, sin duda, de una gran parte de su gloria, si dándose por satisfecho con las efusiones diversas de una alma sensible y apasionada, con las inspiraciones vehementes y los bellos hechizos de una imaginacion creadora, y con las vivas y penetrantes luces de un talento perspicaz, mirase con desden los inagotables recursos de una lengua rica, variada y armoniosa, las relaciones íntimas que nos obligan á preferir unas palabras sobre otras, los embelesos mil del idioma poético, y la fina vulgaridad de expresion que pone de parte de un orador elegante y correcto las aclamaciones ingenuas de la multitud y el respetable voto de los sabios. Excusado es decir que todos los argumentos están á favor del idioma nativo, cuando entre las lenguas se busca la que ha de servir de intérprete á los grandes pensamientos del orador y á las diversas inspiraciones del poeta. La elocuencia y la poesía de cada nacion están contenidas en el habla nativa. Ni podia ser de otro modo: reflexionemos que las producciones de esta clase buscan un teatro mas extenso que el que á las ciencias ofrecen un corto número de sabios que las cultivan. El que pretendiese

¹ Bases para la formacion de un plan general de instruccion pública. — Estudio de la lengua castellana. Tomo IV de sus obras, página 17. Ed. de Barcelona de 1840. *

* Al citar la autoridad del Sr. Jovellános en confirmacion de nuestras ideas sobre la influencia del cultivo de la lengua patria en los adelantos científicos, creemos conveniente advertir que no adoptamos la opinion de este escritor célebre con tan absoluta generalidad. El sistema que se ha seguido constantemente en las escuelas de poner en manos de la juventud un texto latino para la enseñanza de algunos ramos, es á nuestro juicio de tanta mayor importancia, cuanto que facilita con el ejercicio continuo de la version un conocimiento mas analítico y mas perfecto de ambos idiomas. En cuanto á las obras que no tienen este carácter, y son las mas, entendemos que debe preferirse la lengua patria, por las ventajas que proporciona, segun se ha visto ya, tanto al escritor como á los lectores.

En otra obra y con motivo de cierto pasaje en que el mismo Sr. Jovellános parece inclinarse á proscribir de los colegios el cultivo de las lenguas muertas, hemos expuesto con mayor amplitud las razones que nos obligan á pensar de otra manera. Véanse los *Estudios Oratorios*, página 203. Edición de Morella de 1841.

consignar sus pensamientos en un idioma extraño, pronto experimentaria el desusimiento que sigue á la esterilidad. No dificultamos la posibilidad de un hecho en que se nos presentase un orador ó un poeta moviendo el corazon y recreando los oídos de una nacion extranjera por el primer con que poseyese su idioma; pero este ejemplo rarísimo ni seria objeto de la imitacion, ni podria tampoco derogar la regla general. El hombre que se vale de un idioma extraño para producir la persuasion de la elocuencia ó el dulce embeleso de la poesía, no dejará de sentir nunca esos obstáculos diversos, que resfrían el entusiasmo, ofuscan la fantasía y circunscriben notablemente el vuelo noble de una imaginacion atrevida. El genio se halla mas expedito y el talento mejor dispuesto cuando se encuentran las palabras sin ser buscadas, por explicarnos así, y aparecen las bellas dotes del estilo, sin que hayan precedido inmediatamente los trabajos y esfuerzos consiguientes á un idioma cuyo uso diario no nos es habitual. ¡Y qué adelantaria sin embargo el amigo de las letras, atendido el objeto mas grande y general de la literatura, cuando su entendimiento no resintiese el embarazo de las trabas que trae consigo el manejo de un idioma extranjero! Cuando no fuese estéril para sí mismo, lo seria sin duda para su patria y para su propia gloria. ¡Qué incremento recibiría la literatura nacional, si el idioma propio, relegado á los usos comunes de la vida, estuviese inerte para la imaginacion y el sentimiento, y ocioso para las concepciones delicadas de un entendimiento exquisito, y ex-céntrico de esa esfera comun en que gira la accion de una buena crítica, y el fino y primoroso discernimiento del buen gusto! La Grecia hubiera perdido tanto como sus ilustres escritores, si estos hubiesen preferido sobre su habla genuina cualquiera otra de las de los pueblos contemporáneos. Roma no habria sido mas feliz con semejante sistema, como lo da á entender el mismo Quintiliano. Ni hubieran corrido mejor suerte las naciones modernas; y por ventura el velo de la edad média se habria dilatado por mayor número de siglos, si el espíritu general de la civilizacion europea no hubiese impulsado incesantemente, con el uso de la lengua patria en los ramos de la literatura, el renacimiento de las letras, y adelantado los heraldos que habian de anunciar á cada nacion el glorioso advenimiento de su siglo de oro. El Tasso, el Petrarca, el Ariosto en la Italia se presentan con un esplendor en que cabe una parte principalísima inconcusamente al idioma italiano. Corneille y Racine manifiestan, mémos en las dotes de su alma que en el carácter de su idioma,

una cierta transición en la escala de la perfectibilidad, que si no es tan sensible como entre Mascaron y Bossuet, porque las ventajas aquí parecen hallarse todas de parte del genio, no por esto es ménos positiva. Si de aquí pasamos á la literatura española, la influencia de la lengua es mas sensible para nosotros, principalmente si reflexionamos que hablando en general, nos es necesario volver á los oradores y poetas que se sirvieron de su propio idioma, para saber á quiénes corresponden de justicia los tributos de admiración que reclaman la elegancia en el decir, la grandeza de los conceptos, la perfección de los pormenores, la pompa de los giros, la propiedad, pureza y corrección de la frase, los grandes caracteres de la oratoria y los primores inefables de la poesía. Buscáramos en vano rivales que oponer á los buenos hablistas españoles; pues tan acabados modelos reducen muy mucho, en buena crítica, los caracteres, por otra parte muy estimables, que presentaban algunos de aquellos literatos mas adictos al idioma latino que al suyo propio para el cultivo de los diferentes ramos de la literatura. Consúltese la opinión general y la historia misma, y se verá muy luego toda la ventaja que llevan el orador y el poeta que se sirven de su propia lengua, sobre aquellos que adoptan el sistema contrario. En ese panteón de célebres talentos, que los fastos de cada literatura ofrecen á la vista de todo el mundo para la gloria nacional, verdad es que no carecen de lustre los que escribieron en ajenos idiomas, porque ninguno de estos reúne tantas dificultades, que no deje traslucir los talentos y las cualidades del espíritu; pero también es cierto, que los que prefirieron su lengua nativa, ocupan la mayor parte de esta ilustre galería, y detiene sobre sí las miradas llenas de entusiasmo y de admiración, de un mayor número de espectadores. Luis Vives anda mas en la Biblioteca que en las manos de los lectores; pero Cervantes, Granada y Feijoo, Rioja y Herrera, no han perdido uno solo de sus atractivos, distribuyen sus encantos entre el pueblo y el sabio, y recogen á cada paso tributos que parece no acabarán jamas.

Un idioma extraño, por muchos cultivadores que tenga, es conocido apenas de un cortísimo número, comparado con el de los individuos que componen aun la parte média de cada nación; y aun entre aquellos mismos que le entienden, poquísimos son á la verdad quienes puedan lisonjearse de poseerle perfectamente, y ménos todavía los que lleguen á dominarle en términos de conocer todos sus recursos y explotar toda su riqueza, como podrian hacerlo con su habla

nativa. Resulta de aquí, que si hubiera de preferirse sobre ésta cualquiera de las otras lenguas, seria muy insignificante en cada pueblo el teatro que se ofreciese á la elocuencia y á la poesía: circunstancia que por precisión habia de reducir extraordinariamente el círculo de cada literatura, y hacer inútiles para la mayor parte de la nación las concepciones del genio, y el provecho de la cultura, y los inefables hechizos y primores de las letras. Poco han reflexionado sin duda los que rehusan al idioma vulgar la poderosa influencia que ejerce en la perfección y progresos de la elocuencia y de la poesía; y no solamente porque han olvidado que siendo el habla nativa el mejor instrumento de desarrollo y perfección con que pueden contar las facultades internas, de ella pende principalmente el carácter de las letras; sino á causa de que poco ó nada puede adelantarse, interrumpidos ó embarazados los conductos de comunicación intelectual, que deben estar expeditos en todas las naciones.

En el cuadro general de la civilización hai dos hechos que merecen observarse: primero, en ciertas naciones se han adelantado prodigiosamente las ciencias y la literatura, al paso que en otras están muy reducidos los conocimientos. Hai en las primeras un grado de cultura general, que las segundas no presentan sino en el cuerpo de sus sabios: de modo que parece que al cabo de los estudios que emprenden estos, únicamente consiguen levantarse al nivel de los conocimientos comunes en pueblos mas ilustrados. ¿Cómo explicar este fenómeno? No con la desigualdad de los talentos, porque estos parecen repartidos á todas las naciones con una igualdad proporcional. Verdad es que el clima, las instituciones, los hábitos populares y otras causas de igual naturaleza desenvuelven de preferencia estas ó aquellas cualidades del espíritu y caracterizan cada literatura; pero también lo es que estas diferencias accidentales no desmienten de manera alguna las cualidades de la naturaleza, y ántes bien las suponen; y por lo mismo, que la desigualdad de los talentos no es la causa verdadera de la que se nota en los pueblos bajo el aspecto científico y literario. Tampoco la buscarémos en la mayor ó menor antigüedad de cada nación, pues la experiencia nos enseña que las ciencias y las letras no están en razon directa de los siglos que cuenta cada pueblo: ni en el número y los caracteres de las revoluciones políticas, porque apenas hai Estado que no haya pasado por estas vicisitudes. Es pues necesario recurrir á una causa mas general y mas directa; y esta causa principalísima consiste, si no nos equivocamos, en el empleo que tiene cada

idioma nacional en el gran sistema de la educacion pública, desde las primitivas nociones que se reciben en las escuelas de primeras letras, hasta el aprendizaje público que hacen todas las clases de la sociedad mediante los recursos que facilita el uso de la prensa. Estúdiense con particular esmero los fastos de la literatura, y no será difícil reconocer, como un argumento de hecho, que sus adelantos siguen la razon de su vulgaridad por medio del idioma comun. Este cultivo mas esmerado y mas constante en Europa desde el siglo decimosexto, que lo habia sido en tiempos anteriores, influyó mas de lo que parece en dar cuerpo y robustez á esa literatura naciente que brotó, como de un nuevo caos, por entre las nubes apinadas de la edad média. El decidido y laborioso empeño de Francia en cultivar su idioma le proporcionó vulgarizar, por el conducto de obras originales y excelentes versiones, todos los conocimientos antiguos y modernos. Su idioma pues ha venido á quitar el velo misterioso que los idiomas muertos habian puesto á los grandes pensamientos de la antigüedad, y á romper los diques que los idiomas vivos pero extrangeros ponen al torrente de las ideas que cada pueblo circula por todas sus clases. ¿Qué ha resultado de aquí! Sin ser la mas artista, ni la mas profunda, ni la mas consecuente, Francia puede sin duda reputarse como la mas rica en posesiones intelectuales, la que se ha elevado á mayores grados en la escala de la civilizacion, y la mas universal en conocimientos. No le faltan genios que oponer á Newton, á Leibnitz, á Bacon y á Galileo; no debe considerarse humillada cuando se hacen los merecidos elogios del Tasso, de Milton y Klopstock, y puede levantar su frente, para recibir la primera corona entre las naciones modernas, cuando se investigan los triunfos de la elocuencia, y se recorre la galería de aquellos ilustres genios que á mas alta perfeccion han conducido la poesía dramática. Si sus pastores no han tenido un intérprete tan original como Gesner; tampoco las escenas de la naturaleza se han representado en Alemania por una imaginacion tan rica y bella como la que resplandece y campea en el poema de *los jardines, los reinos de la naturaleza y el hombre de los campos*.

Si quisiéramos confirmar estos argumentos históricos con otra clase de pruebas, no nos faltarían razones metafísicas: podríamos decir que si la inspiracion suele alumbrar al genio en el silencio de un gabinete, esta preciosa luz necesita en cierto modo, para su incremento y conservacion, de un teatro mas vasto en que brillar: que seria muy reducido para

la ambicion del genio, el que pudieran ofrecer un corto número de inteligentes en el idioma que hubiese usado el escritor. No ha faltado al cantor de Ulises y de Aquiles un digno intérprete en las bellas comarcas del Nuevo Mundo, ni á nuestros misterios religiosos, un cantor eminente entre los poetas mexicanos. Sin embargo, ¿por qué un olvido tan profundo de esos dos insignes modelos en un pueblo por otra parte tan nuevo en el teatro de la literatura? ¿Por qué causa los ilustres nombres de Alegre y de Abad son tan generalmente ignorados, al paso que se repiten los versos fluidos de Navarrete! Temeridad imperdonable seria el buscar las causas de esta desigualdad en las preferencias que mereciesen al último sobre los primeros las ventajas del espíritu, la perfeccion del gusto, la copia del saber y aun el interes de las composiciones; y por lo mismo debemos concluir que, habiéndose resuelto aquellos á escribir en latín, condenaron al silencio las voces de la fama y los ecos de la admiracion: porque reducido á un círculo tan pequeño como el de los buenos latinos, y entre estos el de los que se quisiesen consagrar á esta clase de lecturas, el número de sus lectores, ni consiguieron influir lo que hubieran podido por su genio en la literatura patria, ni conquistaron tampoco los bellos tributos que todas las clases, aun las de mediana cultura, nunca dejan de ofrecer á los oradores y poetas nacionales. Pero no queremos extendernos sobre este punto, porque deseamos aprovechar en algunas observaciones sobre el método de enseñanza la mayor ampliacion que pudiera recibir esta primera parte de nuestro discurso. Entremos pues á considerar esta materia bajo el segundo aspecto que nos proponemos examinarla.